

# El Islam y Occidente

Por Juan Goytisolo

El escritor y periodista Juan Goytisolo, nacido en Barcelona en 1931, es uno de los más destacados literatos contemporáneos de lengua castellana y uno de los intelectuales europeos que mejor conoce el Islam y los musulmanes. A partir de los sesenta se especializa en temas islámicos y se radica en la ciudad de Marrakesh, Marruecos (1964), pasando algunas temporadas en París. Muchas de sus obras reflejan esta inquietud sobre el Islam y los musulmanes: «Crónicas sarracenas», «Reivindicación del conde Don Julián», «Makbara», «En los reinos de taifas», «Las virtudes del pájaro solitario», «La cuarentena», «Estambul otomano», «Argelia en el vendaval», «El bosque de las letras», «El sitio de los sitios». También escribirá numerosos artículos sobre el particular para el matutino «El País» de Madrid, como aquel sobre «Los mitos fundadores de la nación española» (14/9/1996). Entre 1987 y 1990 dirige la serie Alquibla de veinticuatro capítulos para la Televisión Española (TVE), filmada en diez países del mundo musulmán. Entre 1992 y 1994 viaja 4 veces a Bosnia y en 1996 visita Chechenia por primera vez. Como resultado de estas travesías, publica dos libros testimoniales: «Cuaderno de Sarajevo» y «Paisaje de guerra con Chechenia al fondo».

En mayo de 1997 presentó su libro «De la Ceca a La Meca» (que es un éxito editorial) y fue galardonado con el Gran Premio Proartes de Narrativa Iberoamericana que se falló en Bogotá. Esta obra, de la que hemos extractado los fragmentos a continuación, es una síntesis del guión de Alquibla en la que Goytisolo analiza las complejas relaciones entre el Islam y Occidente:

«Nuestra percepción de las culturas ajenas no suele fundarse en una realidad objetiva sino en la imagen mental que tenemos de ellas. Cuanto más nítida y definida sea la imagen, mayor será nuestra convicción íntima de su conocimiento y su comprensión; cualquier cala en el interior de las mismas será así una mera confirmación del presunto saber que ya poseíamos. En consecuencia, tendemos a ensalzar las expresiones cinematográficas que, en vez de nadar contra corriente para desvelarnos algo nuevo, se dejan arrastrar por la rutina de lo definitivamente acuñado y sabido: imágenes que, a fuerza de repetidas, se transforman en clichés previos a nuestra visión de los hechos y cosas, la suplantando y acaban por ofuscarnos con la fuerza cegadora del mito.

Mientras las culturas más próximas o más remotas pueden ofrecernos, en virtud de su misma cercanía o distancia, una abigarrada profusión de imágenes,

el actual dispositivo imaginario del Islam, inmediato a nosotros y no obstante inasimilable, se limita por lo común a un número muy reducido de tópicos de identificación engañosa y fácil...

En realidad, el prodigioso lavado de cerebro al que estamos sometidos tocante al Islam y los árabes no es algo nuevo: lo encontramos desde hace siglos en las obras de los cronistas, viajeros e historiadores sobre “moros”, “sarracenos” y “mahometanos”, pero las luchas de los años cincuenta, la crisis petrolera de los setenta, la desesperación creada por la tragedia del pueblo palestino y los acontecimientos de Irán le han dado una fuerza y proporciones insospechadas.

Desde los primeros balbuceos de nuestro idioma, el musulmán es siempre el espejo en el que de algún modo nos vemos reflejado, la imagen exterior de nosotros que nos interroga e inquieta. A menudo será nuestro negativo: proyección de cuanto censuramos en nuestro fuero interno, y objeto por tanto de aborrecimiento y envidia. A veces, también la imagen romántica y atractiva de un imposible ideal. El fenómeno no es obviamente una exclusiva hispana, ni siquiera europea. La construcción del Otro, trátese del bárbaro o el buen salvaje, es un fenómeno universal que varía según las coordenadas históricas, culturales y sociales de la comunidad que lo fabrica. El factor geográfico —vecindad, lejanía— desempeña lógicamente un papel primordial. La no coincidencia de ciertos rasgos, normas, costumbres, suele transformarse entre vecinos en un contraste irreductible de “esencias”.

En razón de la amenaza que el Islam (árabe o turco) significó para el orbe cristiano entre los siglos VIII y XVII, el mundo musulmán ocupa frente a aquél un puesto central, cualitativamente distinto del de las demás civilizaciones no europeas (budista, brahamánica, etcétera). Ello explica, como ha visto muy bien el historiador tunecino Hichem Djait, la persistencia de una aguda y tenaz “sensibilidad antiislámica en todos los niveles del subconsciente europeo”. En virtud de la conocida dialéctica autoidentificatoria existente entre el yo y el mundo, el yo y el no yo, el Islam ha representado de cara al mundo cristiano occidental un papel autoconcienciador en términos de oposición y contraste: el del Otro, ese “adversario íntimo” demasiado cercano para resultar totalmente exótico, y demasiado tenaz, coherente y compacto para que pueda ser domesticado o reducido. A consecuencia de ello existen una historia, una tradición de pensamiento, una leyenda, una retórica, una agrupación de imágenes o clichés islámicos creados por y para Occidente que imponen una distancia infranqueable entre lo “nuestro” (visto, claro está, con conciencia de superioridad y autosatisfacción) y lo “de ellos” (contemplado con hostilidad y desprecio). Así, ambas entidades abstractas, Occidente e Islam, se apoyan y reflejan una en otra, crean un juego dialéctico entre sus imágenes especulares. El

Islam es el molde hueco, el negativo de Europa: lo rechazado por ésta y, a la vez, su tentación...

Basta en verdad con abrir cualquier libro de historia para comprobar el uso sistemático de una doble terminología: valorizadora cuando se aplica al orbe occidental, despreciativa de cara a los musulmanes. Por un lado, se habla de “expansión”, “vocación ecuménica”, “misión civilizadora”; por otro, de “invasión”, “avalancha”, “brusca irrupción de hordas”. El mismo manual que pinta con lujo de detalles la crueldad de los sultanes otomanos, cubre con un velo de discreción los autos de fe de la Inquisición o el terror blanco o rojo de nuestras revoluciones. Inútilmente buscaremos la expresión “fanatismo cristiano”. Recientemente, cuando la visita de Juan Pablo II a México, Brasil y Polonia congregaba a muchedumbres ruidosas y entusiastas, el acontecimiento era descrito en nuestra prensa como una “ardorosa manifestación de fe”; idéntico espectáculo en tierras árabes incitaba a los mismos comentaristas a fustigar el “histerismo de las turbas fanatizadas”. El supuesto fanatismo musulmán es empleado uniformemente como receta explicativa de cuanto lejos o de cerca huelva a árabe. “A fuerza de recaer en el mismo estereotipo, se tiene la impresión –dirá un etnólogo– de que *árabe-fanático* forma un solo término”.

Las circunstancias históricas de los últimos cuarenta años –lucha contra el colonialismo occidental, implantación del Estado israelí y consiguiente expulsión de los palestinos, guerra civil libanesa, revolución iraní– ha engendrado unas situaciones de violencia que ponen al mundo islámico en bloque en el banquillo de los acusados, como causante de todos los problemas y males que afligen al mundo. Los occidentales parecen olvidar que su historia y pasado reciente no les faculta para dar lecciones a nadie: a quienes denigran sistemáticamente al Islam, habría que recordarles que en el ámbito de éste no ha habido nunca Inquisiciones sangrientas como la nuestra ni genocidio de poblaciones enteras como las de los indoamericanos ni exterminios colectivos a lo Hitler ni empleo de armas mortíferas como la de Hiroshima.

La visión actual del Islam, aún la de algunos observadores bienintencionados, incurre casi siempre en errores de perspectiva, debidos a su apego a postulados etnocentristas y el traslado mecánico de conceptos propios a un campo cultural en el que éstos no tienen cabida...

La tarea de liberar el Islam y su mensaje espiritual de la amalgama de fantasías y errores que lo envuelve obliga evocar a quien la emprende una serie de hechos y conceptos básicos tocante a su dimensión cultural y religiosa, pero asimismo social y política. La palabra venida del desierto que, en menos de un siglo, se propaga como un incendio e inflama a vastas comunidades de orígenes y culturas diversos, rehúsa ante todo cualquier discriminación fundada en

motivos de raza o de lengua; no impone la existencia de una Iglesia ni de autoridad pontifical; tolera en su ámbito, en condiciones específicas, a las demás religiones del Libro; no admite un cuerpo sacerdotal que se interponga entre el creyente y Dios. La sencillez de su doctrina –creencia en un Dios Único, cuya Palabra, revelada a Muhammad, cierra el ciclo histórico de la profecía; su apertura a todas las clases y razas de hombres que, postrados conforme a la alquibla, elevan sus preces en la lengua en la que fue revelada; la práctica de los *Arkân ad-din* o pilares del Islam, que identifica y une a la masa de los fieles– explica su cohesión interna y difusión constante, independientemente de las vicisitudes políticas, a lo largo de catorce siglos...

La situación degradada e injusta en la que viven actualmente la mayoría de los pueblos musulmanes no debe llevarnos a confundir rasgos meramente accidentales con los principios religiosos y éticos que articulan la vida de aquéllos. El Islam es también la arquitectura de Sinán, la palabra profética de Ibn Arabi, la poesía sufí, las creaciones literarias del shiísmo en Irán, una admirable sutileza espiritual y el ideal impregnador de Al-Ándalus.»

Juan Goytisolo,  
**De la Ceca a La Meca. Aproximaciones al mundo islámico,**  
Alfaguara, Madrid, 1997, pp. 9 a 24.

Todos derechos reservados.  
Se permite copiar citando la referencia.  
[www.islamoriente.com](http://www.islamoriente.com)  
Fundación Cultural Oriente